



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

Coledades

IS ENRIQUE GOMEZ VANEGAS

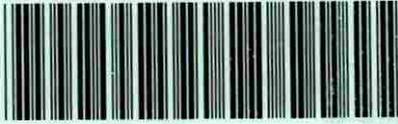
07298
17
05
5
004

SAPPHIRE TUS

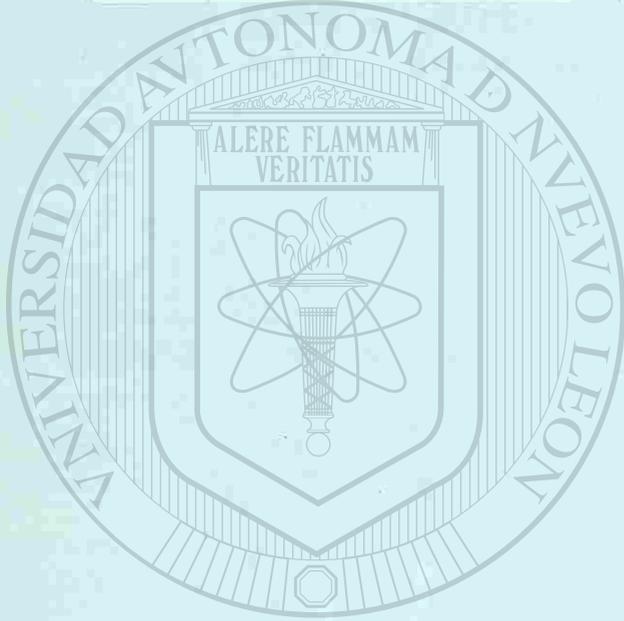
Aluminum Alloy

2011

1000



1020150304



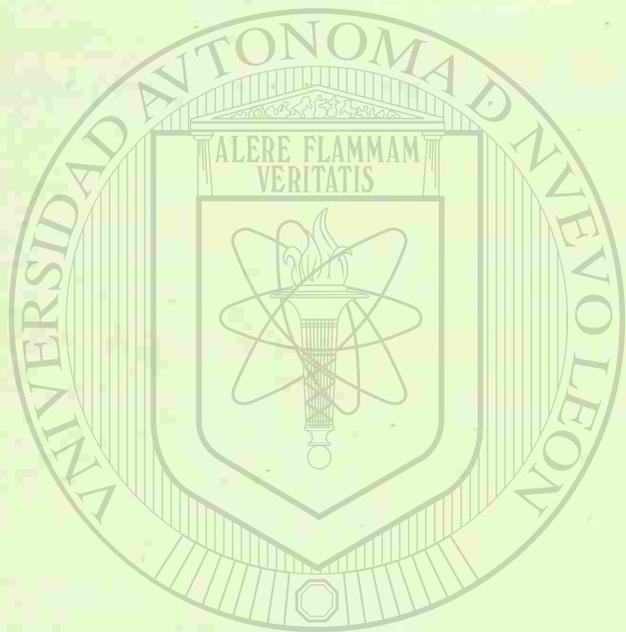
Soledades
Luis Enrique Gómez Vanegas

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANE

Soledades

Luis Enrique Gómez Vanegas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



8 PPSF09
19
20
22
2008

PQ7298

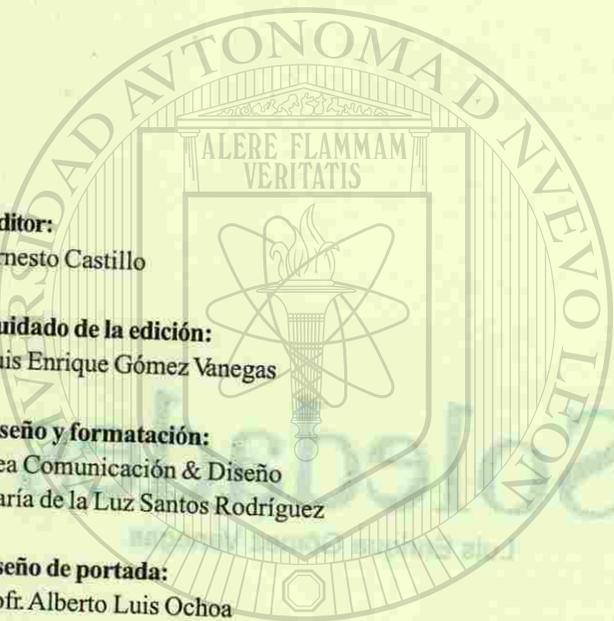
983640

.17

.05

SG

2004



Editor:
Ernesto Castillo

Cuidado de la edición:
Luis Enrique Gómez Vánegas

Diseño y formatación:
Idea Comunicación & Diseño
María de la Luz Santos Rodríguez

Diseño de portada:
Profr. Alberto Luis Ochoa

Primera Edición: Diciembre de 2004

Edición de la Preparatoria Núm. 16 de la UANL
Costilla y Santander, Fracc. Iturbide,
San Nicolás de los Garza, N. L.

Prohibida la reproducción o transmisión
parcial o total de esta obra en cualquier
forma electrónica o mecánica, incluso
fotocopia o sistema para recuperar
información, sin permiso del editor.



FONDO
UNIVERSITARIO



Universidad Autónoma de Nuevo León

Ing. José Antonio González Treviño
Rector

Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

M. C. José Hernández Cervantes

Director Preparatoria Núm. 16

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA



8-III-05 J.N.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Azul

Estaba leyendo cuando una mano helada le acarició la mano derecha, comprendió que ella había muerto, pensó en José Alfredo Jiménez: sintió que su vida se perdía en un abismo profundo y negro. Dos horas después una voz de mujer le daba la fatal noticia: Karina no había superado la cirugía a corazón abierto. Del otro lado de la ventana una pesada y molesta lluvia mojaba las banquetas, dos mujeres corrían para atajarse las gotas que las acribillaban. Quiso llorar pero no pudo, la mano helada le apretaba la garganta y una aguja taladraba su cerebro; sintió sueño y se dirigió a la cama, dejó su libro sobre la mesa de caoba negra que perteneció a su madre. Había estado los últimos dos días leyendo la novela que ella le recomendó, una novela que encontró precisamente en el lugar donde Karina la dejó: "Biblioteca 'La Décima Musa', quinto estante, tercer peldaño, al lado de *Las metamorfosis*; clasificación: PQ312/.54/GO1984", lo supo porque lo tenía apuntado en el cuaderno de finanzas con fecha del 30 de septiembre, bajo la data una pequeña nota: "ojalá te guste, aunque lo mejor sería leerlo en el idioma original"; hubiera preferido leer algo más interesante pero esperaba platicar con ella sobre este libro, ella le habló tanto de esa novela y de las notas que dejó en ésta. Lo que le importaba era encontrarse con Karina luego de no verla durante casi dos años. Julieta le avisó que la habían internado de urgencia por un mal cardíaco que la aquejaba desde hacía varios meses y él se juró que iría a visitarla, pero antes leería aquella novela que Karina le contó a medias cuando todavía iban juntos a la facultad, se lo había prometido, como le prometió que leería la misma edición, más: como le había prometido que leería el mismo ejemplar, por eso lo escondió Karina en la biblioteca aquel 25 de septiembre. Ahora tiene, él, un hueco en el pecho, huérfano de ella, y Karina... fantasma sin rostro, vientre de cuna.

Despertó mojado por un sudor helado, envuelto en un caldo blanco que le manaba por los cráteres de todo el cuerpo. Estaba

cansado. Estaba lleno de dolor y de lágrimas, lleno de muerte, de sangre que se le juntaba en la cabeza y le hacía parecer aquel hombre verde que se rasgaba las vestiduras cuando Bruce Banner se enfurecía. Se dirigió al cuarto de baño y llenó el lavabo con agua fría, la lluvia había cesado, se embadurnó la cara con espuma para afeitarse y se dispuso a rasurarse, el rastrillo pretendía acariciar mortalmente aquella garganta pero él cayó en la cuenta que no tenía barba, mojó su rostro y el espejo le regresó la imagen de un hombre desconocido, tres años más joven. Deseó que el tiempo se detuviera, que la tarde no siguiera su viaje rumbo a la noche; su mente se pobló de fantasmas, de ánimas, de recuerdos, de rostros infinitos y llenos de vida. Una multitud de voces se hizo presente, voces desconocidas, lacerantes, las mismas voces que aparecían en sus noches desveladas, noches que no amanecían nunca. El teléfono sonó cuatro veces, él las contó y no quiso contestar, no quería saber a qué hora era el sepelio, no quería enterarse que la otra mitad de su vida, la que no supuraba olvido, se perdería tres metros bajo tierra, no quería enterarse de que el llanto le estaba negado, no quería enterarse pero lo sabía, en el fondo lo sabía. Sabía que él estaba muerto desde que Karina se fue, sin embargo tenía la esperanza de los ciegos, tenía la esperanza de volver a tocarla con su mirada. Tenía la esperanza, sólo eso, una estúpida esperanza.

Del otro lado de la ciudad, envuelta en un vestido blanco, *Un ojo claro se alza en la noche triángulo de sirenas por donde maquillada, con su cara angelical, Karina, custodiada por cuatro viaja su destino; tiene el corazón debajo de la lengua remendado tantas cirios chisporroteantes. Susurros de voces: pobrecita, tan joven, veces con saliva de mujeres desconocidas. Muerta la sostiene dentro qué quiere, la vida es así, ¿tenía novio?, yo creo que no, qué desdicha de su nube azul, siente la boca reseca, desierta de palabras, para sus padres, ¿su única hija?, sí, lo que deben sufrir, los acompaño su lengua se acurruca en la garganta. Acariciando, nubes de polvo en su dolor, lo siento mucho, qué bonita se ve. Pobre. Dormidita. levantándose en la noche de plata, su nombre, desgarrado, viento*

del norte surcando las olas de un mar inexistente, en su boca sangrándole las encías, tropezándose, vuelo de pájaro envuelto en tinieblas, sus palabras con los suspiros, se enredan las sílabas, se le pudren las ideas.

Un gato se coló por la ventana justo cuando él soltaba la fotografía de Karina, la única imagen que conservaba de ella, "bendito olvido que ciegas la mente de los enamorados", lo estremeció su pensamiento, se vio presa del mismo olvido. Una sonrisa se dibujó en su rostro, si no podía llorar, por lo menos debería reír, debería reír como los locos, de nada y de todo, de la vida, de lo absurda que es la vida, pero sobre todo quería reírse de la muerte. Quería volar sobre los techos, desahuciado de amor. Un aleteo. No hizo caso, pensó en palomas, pensó en mil aves, pensó, creyó haber pensado como había creído los cuentos que le contaba su madre, como había creído mentiras de tantas mujeres y tantos amigos, como creía siempre. La lluvia volvió a sonar tras la ventana. Pensó.

Sobre la mesa dos platos, y él, sin hambre, esperaba que Karina viniera a despedirse, que apareciera en la puerta por la que se fue, la esperaba, él, vestida de azul como en sus sueños. No apareció, no apareció como tampoco había aparecido su madre ni su padre, ninguno de los muertos que esperó. No apareció. Sintió frío y pensó en el aliento azul de la muerte. Abrió un libro con una cara de mujer en la portada y voló, sin despegar los pies del suelo, sin leer una palabra.

La noche se asomó por la ventana, bajo la lluvia, plagada de recuerdos. Él la recibió así, vestido de gala, vestido de azul, como a Karina le gustaba, como le gustaba el negro, el rojo o el blanco. Como le gustaba desnudo. Se quedó dormido en el sofá.

Ella sale del baño envuelta en un baby doll, la oscuridad de sus cabellos le llueve en la espalda, camina despacio, rostro de niña agrandada, contoneándose sobre la alfombra azul marino, él la espera, la ama, besos, amor de bocas cerradas. La luz de plata se cuela por

la ventana abierta, *todo se vuelve rumores*, zumbido de mosquitos, *jadeos, caricias*; música de "Los Diablitos" en la casa del vecino y ellos amándose. La muerte los mira a lo lejos, los mide y los circunda, silenciosa, no hay mañana, labios que buscan otros labios y un ojo negro. En medio de la ternura, la noche estalla con su beso de luna, gatos de azotea y ronroneos. Agitación de sábanas y pieles, mudos patitos de hule en la bañera donde antes estuvieron bajo el agua. Se hunden en sus brazos, mueren en sus labios. Viento. Más arriba se escucha el estrépito de los autos, el mar de gente, miles de rostros insensibles. Noche. Él, como hormiga por la espalda morena de ella, él y ella, dos, uno. Silencio de besos. Cuatro manos en busca del milagro: la muerte chiquita. Labios que matan como espadas, lenguas de serpiente en geografías desconocidas. Sueño. Frío. Nada, ya no seguían fundidos en la media oscuridad.

12 Cuando sintió una gota resbalar por su frente se sobresaltó, despertó de golpe, el cuerpo le pesaba y sus brazos flácidos parecían pegados a los brazos del sofá. Sintió de pronto una extraña sofocación y probó un insólito sabor en su boca, un sabor frío, azul. Vio el libro intacto, no tenía caso empezarlo. Afuera no llovía, pero las gotas lo perforaban a él, estaba desierto.

El teléfono sonó cuatro veces, el cerebro se fue despejando, huyó el letargo de las piernas, se le aclararon los ojos. Una voz de mujer anunció la noticia: Karina no superó la cirugía a corazón abierto, murió. Un silencio le explotó en los oídos, era domingo.

Nos vemos pronto

"El arquero despeja de puños contragolpe del equipo local avanza 'chelito' por toda la banda tres cuartos de campo se corta en diagonal al centro linderos del área viene el tirooo "

El ruido de unos tacones en el corredor interrumpió la gran jugada. El sol se sumía en el letargo nocturno. La puerta sonó cuatro veces. Una mano fría estrechó la diestra de Manuel, estaba helada como la botella que, encima de la mesa, brillaba medio llena; Manuel se sorprendió de la visita, una mujer alta, delgada, con un par de ojos negros como la noche de los deseos.

-¿Estás solo?

No supo que contestar, la lengua se le clavó en el paladar mientras un buche de saliva le recorría la garganta. Un sudor frío corrió por su frente.

-Vamos, no te asustes. Sólo quiero pasar un buen rato.

En la televisión, el Atlas caía dos por cero ante el CruzAzul, el balón dibujó una curva, se incrustó en el ángulo superior de la derecha, haciendo inútil la estirada del "Conejo" Pérez; Manuel volteó para ver la repetición, el comentarista, alardeando con sus mejores adjetivos, definía la anotación *"un poema de gol alfombra roja y caravanas golazo"*

-¿No me invitas una cerveza?

En el refrigerador aún quedaban almacenadas once cervezas, sobrantes del clásico Tigres-Monterrey. Manuel se dirigió a la cocina en busca de la bebida. Encima de la mesa, un plato ancho le dio la gran idea de improvisar unas botanas: pistaches y cacahuates con salsa "La botanera".

-Si tienes un limoncito y un poco de sal.

El cajón de las legumbres lucía vacío, él recordó en ese instante que hacía más de un mes que no surtía la despensa, desde que lo dejó su mujer los asuntos de la oficina absorbieron todo su tiempo. Pensó en Claudia, su esposa, se preguntó el porqué de su adiós. Tal

vez, pensando en su eternidad inexistente, él nunca cayó en la cuenta de que ya no tenía tiempo para dar, siempre deprisa, absorbido por el trabajo. O quizá fue por esa manía de no perderse ningún partido de fútbol por la televisión, era la máquina en tiempo libre fundida con un balón. Escuchó un canto de gol pero no le dio importancia. En el fregadero se levantaba una pila de trastes sucios, Manuel se dio cuenta que tenía más de dos semanas sin lavarlos, otra razón para extrañar a Claudia. Destapó dos cervezas y se dirigió a la sala donde la helada mujer observaba con atención las fotografías que adornaban las paredes.

-¿Esa es tu mujer?

-Sí.

-¿Dónde está?

Volvió a quedarse mudo, sus palabras se fueron a casa de doña Amelia, su suegra, quiso contestar que había corrido a Claudia porque ya no la amaba pero no pudo, en ese instante "El loquito" García marcó el tercer tanto de "Los Zorros" "*gol que mata Atlas tres Cruz Azul dos*". Manuel esperó a que las cinco repeticiones terminaran para invitar a la mujer de largos cabellos a sentarse.

-Toma asiento

-¿Puedo sentarme junto a ti?

Manuel se sonrojó y quiso ocultarlo, tomó su cajetilla de Marlboro Light y le ofreció un cigarrillo.

-No gracias, no fumo. ¿Sabías que fumar es una de las mayores causas de muerte en el mundo?

No respondió, lanzó la primera bocanada de humo como liberándose de un gran peso que lo asfixiaba, de un sorbo terminó con la media cerveza que lo aguardaba desde que entró la mujer que lo puso nervioso, no sabía qué platicar, un suspiro escapó de su pecho, luego esperó la embestida de la chica.

-Supongo que siempre eres así de tímido.

-No, sólo cuando algo me da miedo.

-¿Y yo te doy miedo?

Una sonrisa se asomó ligera en el rostro de Manuel, aspiró el humo de su cigarro, hizo aritos como cuando estaba en la prepa y la habitación se inundó de una tenue neblina con olor a tabaco. Ahora

tenía un estilo diferente para fumar, un estilo intelectual como lo llamaba él, daba una larga chupada al cigarro y luego lo retiraba muy despacio de su boca, como dando tiempo para que el humo visitara el lugar de las ideas.

-Responde, ¿te doy miedo?

-No, no es eso, lo que pasa es que...

Las palabras se negaban a salir. La mujer recorría con su mirada toda la sala, le llamaba la atención un librero repleto de obras que ella imaginó no poder leer ni tomándose un año sabático, "*qué aburrida es la vida de Manuel -pensó- trabajo lectura y fútbol*". La cerveza de ella seguía ahí, sin ser tocada, fría como sus manos, formando un círculo de agua en la mesa.

-Es que nada. Yo quería pasar un buen rato y tú no has hecho más que ver ese estúpido juego, todos esos monos corriendo tras una pelotita "qué divertido".

Manuel seguía callado. El arbitro pitó el final del encuentro, el CruzAzul había caído como los grandes, sin bajar los brazos, yendo al frente siempre, pero la mano salvadora de Cabuto impidió que cayera el empate. "*fue un partido difícil como todos y sólo nos queda seguir trabajando*" fueron las sabias palabras del capitán cruzazulino. Manuel seguía mudo, esperando la iluminación divina.

-Oye, ¿te incomoda mi presencia?

-No.

-¿Entonces?

Silencio. La mente de Manuel le daba vuelta a muchas ideas, el resultado del partido, preocupaciones de la oficina, el pago de la renta, y, para colmo, su jefa inmediata, una mujer iletrada, mafiosa, burócrata, frígida, lesbiana de closet y demás, según sus compañeros de oficina, le hacía preguntas e insinuaciones fingidas. Se sentía mal, no podía correrla, todo el trabajo de cuatro años valdría menos que nada. Pensaba también en lo que contaría a sus amigos el lunes por la mañana cuando le preguntaran qué hizo el fin de semana: "*estuve en casa con Ruth si la jefa solitos le invite unas chelas platicamos y nada pasó lo que tenía que pasar*".

-¿En qué piensas?

-En nada

-Bueno, yo creo que me voy, ya son las nueve y tú sigues soñando con los dioses del estadio. Nos vemos pronto.

Manuel la acompañó a la puerta y la despidió con un beso en la mejilla, sintió cómo su cuerpo se tensaba pues el frío de la mujer le quemó los labios. Cerró la puerta y se dirigió al sofá, el teléfono sonó tres veces, una voz al otro lado de la línea le informó que ya estaba hecho el trabajo: *“todo salió bien no sospecharán nada yo ya cumplí así es que me pinto de colores y si te vi pos ni me acuerdo ¿oquey?”*; fue entonces cuando Manuel sintió que el “nos vemos pronto” de su jefa le retumbaba en los oídos. Un corte informativo le mostró la cara de la mujer que acababa de despedir: *“encuentran cadáver de mujer en un lote baldío al parecer se trata de un homicidio no hay pistas para dar con el asesino”*. Manuel encendió otro cigarro, el quinto de la tarde, dio un sorbo a la cerveza que su jefa, Ruth Esparza, había dejado intacta y sintió como si un gato le arañara la garganta.

La mañana del loco

I

*La lluvia ocultando sus peces
mientras la quietud de tu casa se resquebraja
tras la puerta donde agoniza la muchacha.*

José Javier Villarreal

Cuatro y diez de la mañana, un chorro de agua helada recorre tu cuerpo y se pierde en el resumidero. Un vaso de leche y un pan duro te esperan en el comedor. Vistes tu traje blanco, el de siempre, el obligatorio, el único; te diriges tras de tus compañeros, el corredor frío, sin cuadros, forrado todo de blanco, con el tiempo suspendido, burlándose siempre de la eternidad. Las tenues luces iluminan tus pasos, te recuerdan la habitación donde la encontraste, ya no recuerdas si ella estaba encima de él o él de ella, sólo recuerdas que un coraje infernal recorrió tu cuerpo y crispó tus nervios, tomaste las tijeras y las encajaste en su cuerpo más de diez veces, cuántas le dijiste a Claudia que las recogiera, que no las dejara ahí porque el niño podría lastimarse. Aquel día fatídico las encontraste como siempre, en la mesa de centro, no sabes si los gemidos y los gritos de los traidores ocultaron tus pasos, o quizá fue el inmenso placer que se dibujaba en sus rostros, el mismo placer que te impulsó a tomar las tijeras y encajarlas en el pecho de Fernando tu amigo, tu hermano, tu compañero de parrandas; lleno de ira hundías tijeretas y disfrutabas ver correr la sangre, sangre que manchó la cama, la misma cama donde Claudia se entregó a ti por primera vez. Los gritos de ella te excitaban más, tus dedos se cansaron, se acalambraron con tanta fuerza que imprimiste a las tijeras. Tu vista recorre ahora toda la habitación hasta dar con ella, te acercas lentamente, tus rasgos de niño inocente son ahora los rasgos del demonio. La tomas de la mano y besas dulcemente su mejilla e inmediatamente sueltas un duro golpe en su estomago desnudo, ella grita y cae al suelo, una lluvia de patadas alfombra su cuerpo, al fondo, la mirada muerta de Fernando observa

ciegamente la escena, golpe tras golpe sangran la nariz, la boca; los brazos ya no tienen fuerza para cubrir la nuca de tus golpes. Claudia cierra los ojos, imagina que eso no está pasando, sin embargo, el golpe de una silla sobre su espalda la devuelve a la realidad, ya no siente, ya no sufre, su cuerpo, el que fue tuyo tantas veces desde aquella noche en que sus papás no estaban y tú la llevaste a tu casa con el ridículo pretexto de que verían una película de amor, no recuerdas cuál, pero recuerdas que el televisor se quedó encendido toda la noche mientras Claudia y tú disfrutaban de sus cuerpos, ese mismo cuerpo yace ahora tirado, sin vida. Lo ves ahora como si acabaras de hacerlo, las lágrimas recorren tus mejillas; tu abogado argumentó tu locura y te internaron en este frío hospital donde no sabes si cada mañana el *electroshock* te ayuda a curar tu locura inexistente o te ayuda a borrar el recuerdo del cuerpo de Claudia.

II

*Habríais sentido latir de espanto el corazón al ver cómo recorría
el cadáver, cómo se inclinaba sobre él, cómo escuchaba con
ansiedad para desengañarse quién había ganado la
terrible apuesta, si el brujo o la muerte.*

18

Tadeus el resucitado
MANUEL PAYNO

Un tridente sueño lacera tu mente desahuciada, mientras en la ventana, el olvido, como gato, asecha al recuerdo, ratón del pasado. El lunar nocturno sangra luz claroscuro y la muerte vuela en una cometa de humo, en la cama yaces hombre, botín de guerra para el ganador de la lucha, vida y muerte se disputan tu cuerpo, pugnan por el derecho de poseer a ese hombre que con ciegas miradas parece implorar el descanso eterno. La sed interrumpe tu sueño, apenas un alivio leve que sabe a dolor. Tus manos, petrificadas, sienten el calor que les prodiga el beso femenino de tu amada Claudia, tu boca balbucea dos o tres palabras, pero en tu mente sólo dan vueltas sustantivos y verbos que no nombran la realidad, el "te amo" final no surge de tus moribundos labios, Claudia se niega a partir, el cielo se cae a gotas y

la escena se nutre de olor a flores. Desahuciado, buscas tus pies y sientes que vuelas por el cerúleo cielo, mientras un ave nocturna grazna la nota final. En tu mente se recrean las escenas pasadas, evocas, lloras y el grito final no provoca tu catártico deseo. La marejada de recuerdos rompe el dique de lo imposible e inunda la dolorosa escena. El perro del ayer hunde sus colmillos en tu memoria, dejando fluir la sangre de las remembranzas, se diluyen, viajan por la almohada que detiene tu cabeza agonizante. Tus labios se abren para recibir la moneda que habrá de servir como pasaporte al otro lado del Aqueronte, camino tantas veces recorrido en busca de tu pasado. El brujo anda, yerba en mano, tu ya inerte cuerpo que luce sus mejores prendas, prendas que en vida nunca pudiste utilizar pues el tan esperado evento nunca llegó, o tal vez era éste, hoy acudes con tus mejores galas a tu funeral, donde yace tu cuerpo pero tú no descansas, porque incluso el día de tu muerte viene el recuerdo de Claudia, el amor que mataste aquella mañana. Yo sólo soy tú, y no puedo hacer nada por mí, *por ti sólo llora el alma de una inmensa estrella como si fuese un ciclope muy triste al que una vez más vas a dejar ciego.*

19

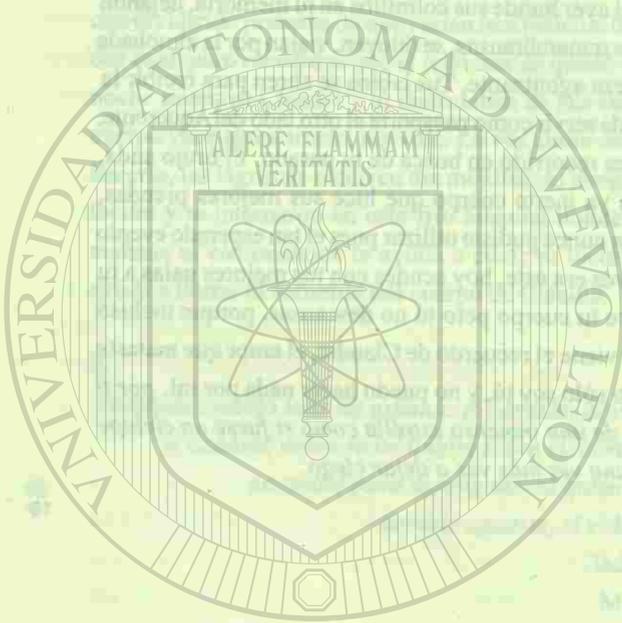
Novena carta

*...porque el amor, cuando no muere mata,
y amores que matan, nunca mueren...*

Joaquín Sabina

Amor mío:

Tengo vedado tu nombre en mis labios. Tus ojos son dos luciérnagas que brillan allá, lejos; tan lejos que hay días que los pierdo de vista. Tu espalda, imaginaria como todo tu cuerpo que recorro en las noches eternas cuando el insomnio me mata, se ha vuelto parte de mis manos, de mi lengua, de mis sueños. Sé que soy tan desconocido para ti como tú para mí, pero te conozco; te conozco desde hace muchos años, desde ayer que te vi, diste vuelta a la derecha en aquella calle sin nombre. Mis ojos te siguieron, contando tus pasos durante veinte minutos hasta que te hiciste un punto gris y después... nada. Un ruido ensordecedor taladró mi cerebro, te perdí, como he perdido todo; te escapaste por una alcantarilla a las tres de la tarde, te escurriste como se escurre el tiempo entre mis dedos, llagados de tanto acariciar tu insondable recuerdo. Luego te encontré metida en un espejo, pero tú no estabas y ese pedazo de vidrio sólo me regresó mi reflejo, amorfo, tan desconocido como yo mismo. Te he encontrado millones de veces en las últimas cuatro horas mientras escribo esta carta, en rostros y voces de mujeres y niños, en los charcos, en las letras del diario que alguien olvidó en esta banca donde ahora te espero aunque sé no vendrás. Te he besado en innumerables labios a lo largo de estos treinta años que aún no cumplo; treinta años de estúpida soledad; treinta años de vagar, de la mano de nadie, por esta selva de concreto. Vágo por las calles oscuras a la sombra de tus manos. He tropezado con transeúntes y autos, vendedores y prostitutas. He tropezado con mujeres a las que he prometido el cielo y las estrellas, a cambio, me han dado olvido. Tengo los bolsillos como los ojos: repletos de nada, repletos de todo el dolor que hay en la Tierra. Una vez creí encontrarte, estabas de pie, no, creo que estabas senta-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da, no estoy seguro, no puse atención a eso pues un hombre tapaba tu boca con sus labios; yo, ciego de rabia. Luego te vi de la mano de un anciano, sí, eras tú, no podrás negarlo, eran tus ojos color de la noche, él tenía cara de llamarse Eusebio, así debería ser, tu lo llamarías: "mi querido Eusebio". Caminaron largo rato por la "Plaza Morelos", se detuvieron en un aparador, te gustó un libro, no sé cuál, una sonrisa y el anciano, Eusebio o como se llame, te acarició el brazo, blanco, otra sonrisa y siguieron caminando. De regreso, el anciano era un niño, Jorgito o tal vez Lalito, tenía un helado en la mano derecha, con la izquierda sujetaba la tuya. Era un helado de fresa, seguramente lo pagaste con tu raquífico sueldo de secretaria. Ese día quise ser el anciano o el niño, pero no, estaba, como siempre, a la mitad del tiempo.

22 Siempre a tu acecho, otra noche te encontré en un bar, sonreías tímidamente con las palabras que un fulano te decía al oído mientras bebías ron con coca-cola, lo supe porque interrogué al mesero, te asombrarías de lo que un idiota te puede decir, inventado o no, a cambio de quinientos pesos. Media hora después él salía tomándote por la cintura. Pero tú entraste luego de cinco minutos, sola, aunque con otro vestido y el cabello rubio, iba a gritarte pero una chica robó mi idea, te llamó... no recuerdo; te recibió con un efusivo abrazo, tu boca y la de ella se hicieron una. Dos copas después ya no eras la rubia, te volviste pelirroja y vestías un traje negro como tus ojos, imaginé mis manos recorriendo tus muslos, luego tus uñas clavadas en mi espalda; pero un tipo se sentó junto a ti, matando mi imagen y borrando tus rasguños. No pude quitarme el sabor a cobre que cubrió mi lengua, dos tequilas y un cigarro, la cuenta y a dormir. Cambié de idea, el verte sola y tan bella me obligó a pensarlo, fue una ráfaga de luz a mitad de la noche. Un destello cruel y frío se clavó en mis pestañas. Miles de gotas heladas laceraban mi cabeza, te tomé por la garganta, tan suave como la imaginé, y te subí al coche, tus lloriqueos de niña mimada me infundieron una excitación tremenda, vi mi reflejo en el retrovisor, las gotas seguían estrellándose en el parabrisas, "qué quieres" me dijiste con una voz entrecortada por el llanto; no respondí. Mis manos apretaban el volante, quería

desaparecerte, borrarle tu imagen de la memoria. Treinta minutos más tarde el silencio sólo era roto por la lluvia y por tus sollozos. -Bájate- grite; obedeciste como una niña dócil e indefensa, sentí tu respiración y aspiré tu perfume comprado en "Plaza México", quise poseerte pero tus signos vitales desaparecían poco a poco bajo aquel charco de agua turbia. Cargué con tu cuerpo, flácido, casi sin vida; mi mente no pensaba otra cosa, presa de la exaltación de haber acabado con un mundo de imágenes, con miles de rostros fundidos en uno solo: el tuyo. Te arrojé, o mejor dicho, arrojé lo que quedaba de ti. El río, revuelto con agua de lluvia, abrió sus fauces y te engulló de un solo bocado, nadie sospecharía.

Esa noche dormí como un angelito, sin remordimientos. Nadie dijo nada, los noticieros callaban tu muerte, yo esperaba el hallazgo, tres días después sucedió. Te encontraron diez kilómetros río abajo. Tu rostro parecía iluminado, aun cuando tu cuerpo estaba a punto de reventar. Nadie supo lo que te pasó, creyeron que caíste por accidente y la corriente te arrastró, me sentí satisfecho durante tres horas, salí a festejarlo con el sol del domingo, pero ¡oh sorpresa!, te encontré una vez más en millones de rostros. Le juré a tu recuerdo no volver a fallar. Ahora lloras igual que aquel día, perdón por las muertes que te causo pero no puedo evitarlo, tu rostro me carcome los huesos; no te astustes, no dolerá, pero antes quiero que me respondas ¿cuántas veces tendré que matarte para lograr deshacerme de tu silueta?

Te quiere:

Un corazón solitario

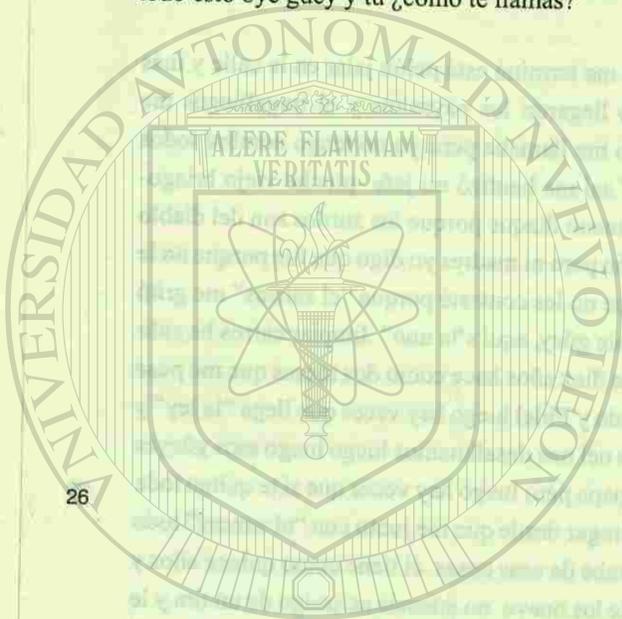
¿Quién eres?

*A veces, para que la lengua se mueva libremente,
es necesario perder los dientes.*

Félix Cortez Camarillo.

El dinero se me terminó está pelón jalar en la calle y más pelón se puso cuando llegaron los payasitos y el tragafuegos me preguntaron que cómo me llamaba pero yo no tengo nombre todos me dicen "El Manco" así me bautizó mi jefe -pinche viejo briago- cuando me cortó esta mano dizque porque los zurdos son del diablo eso decía el muy cabrón pero ni madres yo digo que fue porque no le llevé la feria p'al chupe no les contesté porque "el zancas" me gritó desde l'otro lado: "órale güey, aquí s'ta uno" limpiar carros ha sido mi jale desde que tenía diez años hace como dos meses que me puse a chambear en Bernardo y Fidel luego hay veces que llega "la ley" y nos quiere cargar pero nel nos desafanamos luego luego esos güeyes nomás quieren pa' la papa pero luego hay veces que sí te quitan toda la lana y te dejan sin tragar desde que me junto con "el zancas" todo sale bien ese güey sí sabe de esas cosas él tiene como quince años y dice que jala allí desde los nueve no además es amigo de un tira y le hace la pala a ese güey ni lo tocan ni maíz que yo me fuera de allí luego salen chambitas de las buenas ya sabes tumbar llantas estereos o apañar a los güeyes que pasan en la noche yo nomás les echo aguas pero me dan una buena feria luego me compro unos tramos allá en Reforma a veces me pasan tenis de los que apañan una vez me dieron unos nike pero a los tres días ya me andaba de hambre y se los tuve que vender al "moy" un güey de la colonia que vende cosas usadas ¿mi casa? es un pinche tejaban allá en la Alianza nel mi jefe me la dejó lo mataron unos batos de la provi un día que se puso una peda con ellos a mí me dijo una vecina que oyó en la tele que nomás porque "los rayados" le habían ganado a "los tigres" yo por eso le voy al "américa" cámara a mí nomás me cargaron porque me vieron sucio yo ni robé el camión fueron "el pecas" y "el rata" sí dos güeyes que

trabajan en Rodrigo pero "la ley" levantó a todo el güey que se encontró dizque el mero dueño de la ruta es un bato bien picudo y por eso nos apañaron a todos desde el viernes nos tienen aquí en el bote con unos batos ya bien peludos yo nomás tengo doce nos dijeron que ora si nos chingamos pero ni madres nos vamos a escapar va a todo esto oye güey y tú ¿cómo te llamas?



Una heroína

Una tenue luz iluminará la habitación, entre restos de velas, papitas tiradas y sábanas de seda con quemaduras de cigarro, encontrarás la figura de aquella que trastornó el mundo con el manantial de sus caderas. Hablarás antes con Rita, su sobrina, pedirás una cita, previamente entregarás tu lista de preguntas, "nada de la vida personal, sólo del trabajo". Observas una y otra vez la película que la convirtió en estrella: "*Las ficheras en el espacio*", la ciencia-ficción mexicana siempre te ha gustado, soñabas con ser "Mariamna", la mujer fatal que vio el rostro del "Santo" mucho antes que aquella mujer vampiro, ella la encarnó y desde entonces se convirtió en tu actriz favorita. Recuerdas que lloraste más de tres horas para lograr que tu padre te llevara al teatro a ver: "*Mariamna contra los chamacos diabólicos*". Mariamna, luciendo una gran capa dorada con figuritas de bisutería que simulaban ser piedras preciosas, luchaba con las fuerzas del bien contra dos enanos y cuatro figuras de cartón que pretendían ser los otros ocho chamacos, todos bajo las ordenes del profesor "Z". Embelesada con el sonido de la pistola con la que Mariamna hacía estallar la cabezota de los enanos, no te diste cuenta que sólo dos chamacos eran reales y que el galán de Mariamna, Rigoberto Suárez, tenía la cara cubierta de granos por lo que ella hacía gestos cada vez que la besaba.

Hoy planeas la entrevista para mañana, Mariamna será el tema central de tu tesis para titularte en ciencias de la comunicación. Las más de treinta películas que protagonizó son un *corpus* bastante nutrido como para que, bien investigado, tú te recibas con honores. Pero a ti te interesa conocerla, platicar con ella de ella, por eso no te importó pagar mil quinientos pesos a cambio de hablar media hora sobre la mujer tras los labios carnosos, desobedeciendo las ordenes de Rita, mil quinientos pesos a cambio de hablar con la formidable Sara Rivadeneira, mejor conocida en el mundo del espectáculo como "Mariamna, la diosa de la rumba".

Descubres, al entrar, un cuadro con su rostro y otro más donde aparece portando su traje —si es que le puedes llamar traje al minibra y a la tanga de hilo dental, demasiado sugerente para la época en que Tongolele no mostraba más de lo aceptado por las buenas conciencias— de rumbera, el mismo que usó en *“La rumba es mi religión”*. Un ligero olor a orines penetra en tu nariz y diez ojos se quedan fijos en tu rostro, son los cinco hijos de Sara, tú sabes mejor que nadie quién es el padre de cada uno, pero eso no te importa por ahora, además, recuerdas las palabras de Rita: “nada de la vida personal, sólo del trabajo”.

Cuando entras en la habitación oscura, el tufo a orines es mayor, te hace girar la cabeza y te revuelve el estómago, te superpones y te internas en la negra selva de recuerdos. Una mujer, grande y blanca como la leche, te observa; descubres que ahora Sara es cinco veces “Mariamna”, no reconoces, envuelta en esa bata, a la otrora jefa de *“La banda de las rumberas”*, sin embargo, sus ojos siguen siendo el par de teas que idiotizaban a los hombres mientras sus caderas se movían al ritmo de los tambores.

28

Saludas tímidamente y una voz entrecortada te responde, te exige otros doscientos pesos pues se ha quedado sin cigarros y no puede contestar nada si su boca no exhala bocanadas de humo. Tu economía se resentirá, pero es más grande tu deseo de platicar con Sara, mucho más grande incluso que obtener el título. Es el momento de preguntar sobre el oscuro pasado, el momento donde se funden Mariamna y Sara, Sara y Mariamna, asientes y depositas un billete en la mano de Rita, la eterna guardiana que bajará la guardia lo suficiente para que tú compruebes la hipótesis central de tu tesis: Rodrigo Zavala, el único con el que no se le vinculó sentimentalmente, el único con el que nunca se le vio de la mano, fue el verdadero amor de Mariamna, el verdadero amor de Sara. Comienzas tu entrevista y de pronto sientes una mano alrededor de tu cuello, quieres gritar; una voz, la misma voz entrecortada que te exigió el dinero para los cigarros, te dice que no puedes hacer nada, que estás perdida en tu afán de saber más de lo

que un simple mortal puede saber sobre su dios. Tú recuerdas el relato de aquel ciego escritor argentino que vivía entre laberintos y espejos, aquel que un profesor te hizo leer en clase de semiótica, te armas de valor y le gritas a todo pulmón: “*si si puedö*, y lo haces.

Son las diez de la mañana. Recorres las calles del viejo barrio y te detienes ante una casa gris, tan gris como tu sueño, tocas cuatro veces, una chica abre y se presenta, su nombre: “Rita, sobrina de doña Sara”, es la misma que atendió tu llamada, la que te exigió que no preguntaras “nada de la vida personal, sólo del trabajo”, de sus labios salen diez téticas palabras:

“Pasa, mi tía te está esperando... se quedó sin cigarros”

29

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El fulano

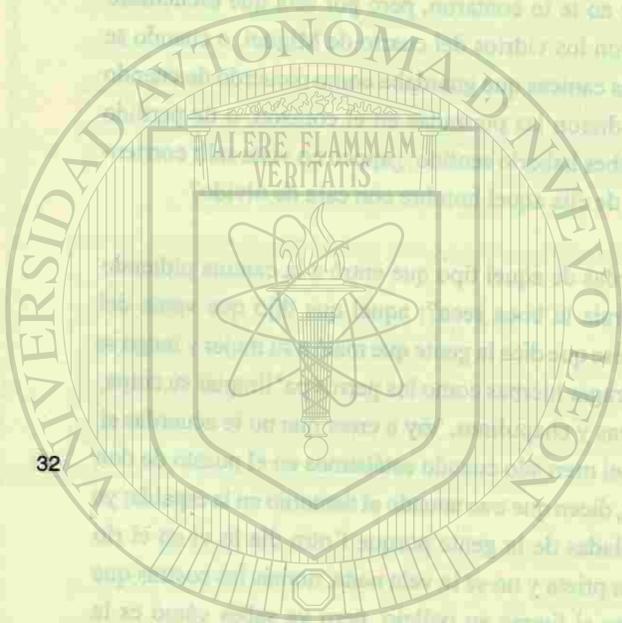
Acuérdate

Juan Rulfo

Yo sé que no te lo contaron, pero por ésta que escuchaste cuando se rompieron los vidrios del cuarto de Miguel, o cuando se cayó el bote con las canicas que guardaba como recuerdo de cuando fue chamaco y le dieron las punzadas en el corazón, o de perdido oíste el portazo, debes haberlo sentido, ¿apoco no viste salir corriendo a Jacinta y tras de ella aquel hombre con cara de olvido?

¿Te acuerdas de aquel tipo que entró a la cantina pidiendo un trago porque traía la boca seca?; aquel que dijo que venía del mismito infierno; ése que dice la gente que mató a su mujer y luego se fue p' al monte, a tragar hierbas como los perros pa' limpiar su culpa, a vivir entre víboras y chapulines. Vóy a creer que no te acuerdas si chocó contigo en el mercado cuando estábamos en el puesto de don Clemente. Es más, dicen que trae tatuado al demonio en la espalda; yo digo que son habladas de la gente porque l' otro día lo vi en el río lavando su camisa prieta y no se le veía nada, nomás las costras que lo envolvían como si fueran su pellejo, pero ya sabes cómo es la gente con los fuereños, se les afigura que todos son malditos pior si tienen cara de matones, la mera verdá, yo creo que éste de quien te hablo no es más que un pobre diablo que se enamoró de la Jacinta, uno de tantos que cae en las garras de esa pollita que trae locos a todos aquí en el pueblo. Además, "el camisa prieta" ya está viejo, se le nota la marca de los años, se ve que la vida lo ha golpeado, trae los surcos del tiempo en la cara; aparte que habla como si tuviera todos los años del mundo, bueno, eso dice don Plutarco, el de la carnicería, acuérdate que trabajó con él dos semanas, dice que maneja el machete como si fuera su propia mano, que degollaba las cabras como si cortara flores; pa' mí que debe traer algo atravesado en el pecho, algo que no lo deja vivir, si no, por qué tiene la mirada como de muerto. A

lo mejor por eso no le hizo caso la Jacinta, tan altanera como es. La mera verdad, yo no creo que él haiga matado a su señora, si así fuera tú lo sabrías, pos ese fulano es tu padre ¿qué no?



Júrame

"Júrame que nunca me olvidarás. Júrame que siempre, no importa que tan lejos nos encontremos uno del otro, vamos a estar juntos. Júrame que mis sueños serán los tuyos, que tu sombra será mi cuerpo. Júrame que nos amaremos más allá de la vida".

Al amanecer de la desesperación vista a los ojos frente a la luna, al descubrir que la vida ya no era la misma y que los años no habían pasado en vano; al ver su rostro reflejado en el espejo, misterioso enemigo del olvido, descubrió, esa mañana, que el tiempo se compone de cadavéricos momentos, todos inolvidables, algunos porque nos recuerdan los mejores instantes de una vida, otros porque nos escupen a la cara un sufrimiento indecible a la hora de juzgarnos.

"Júrame que el adiós jamás sellará nuestros corazones. Júrame que el mañana nos sorprenderá, uno en los brazos del otro. Júrame que tus besos serán mi carne, que mi cuerpo será tu templo. Júrame que tu nombre siempre será mi credo; que mis ojos serán tu luz".

Una lágrima rueda lenta por su mejilla, tantas veces acariciada por esas manos escenario de su existencia. La vida asoma sus últimos suspiros, vocifera la llegada del final. Ella no quiere escuchar las letanías que afuera las matronas cantan para despedir su alma. ¿Adónde irá? ¿En qué lugar quedará el recuerdo? ¿Qué será de las horas en que tocó el amor? El reloj sigue su camino, lleva prisa camino de la seis; ella, vestida para la ocasión, repasa toda su vida, como si muriera a pedazos, como si cada imagen que pasa por su mente fuera un jirón de ella que va al más allá.

"Júrame que nuestras heridas las curará el recuerdo, que seremos uno, siempre uno. Júrame que sembraremos en nuestro pasado el presente de nuestro futuro. Júrame que nuestro amor no se extinguirá, así pasen diez mil lunas. Júrame que mi voz será tu canción, que tu cuerpo será mi patria".

Ya no ve más. Realmente no veía desde dos meses atrás, su reflejo en la luna de las vanidades no fue más que el recuerdo de su juventud. Un recuerdo que le amargó la boca como si tuviera, ella, un escarabajo o un alacrán picándole la lengua. Se perdió el dolor que le corría, raudo, por todo el cuerpo, "maldito dolor que no me deja vivir". Se perdió el dolor físico, pero aún le dolía la soledad, le dolía la inmensa soledad que se posó en sus ojos desde el primer minuto en que el hombre de su vida le anunció su partida, cerradas las puertas del amor y medio muerto su destino.

"Júrame que cabalgaremos juntos hasta el infinito. Júrame que la muerte no cegará nuestros ojos sin vernos por última vez. Júrame que los mares nunca atraparán nuestra lágrima. Júrame que este momento no fue una ilusión".

Murió con la sonrisa en los ojos, feliz de haber amado la noche de los desengaños. La sangre le estalló en las sienes, rojos ríos cubriendo la superficie de sus ayer. Su voz suplicante se apagó en el rosario, cruz de miradas ardiendo. El tiempo interminable siguió su marcha; veloces, los sueños tatuaron su espalda. Afuera nunca llovió. Desencantos de lunas y versos de estrella atraparon su alma, vestida de un blanco angelical tumbada en la cama. Se disolvió en las voces distantes ancladas en su corazón sordo, sin luz. Sobre su lecho la mano vacía apretó el último suspiro, helado como su vientre, incapaz de dar vida. Lo vio a lo lejos, él, desangrando el amor, detestando el olvido.

"Júrame que tu vida siempre será mi vida; que mi muerte será tu muerte. Júrame..."

Como aman las bestias

Una duda le explotó en las quijadas, júbilo de palabra encarnada sondeando en el todo. Pensó en ella, su vida, su inmortalidad transfigurada en mujer. Una ráfaga de viento lo abofeteó y lo trajo de vuelta. Dos de la tarde, sol en raya dibujando sombras desnudas. Una gota de agua tocó su paladar, luego un chorro interminable inundó su mandíbula, su cuello patibulario. Más de tres años sin verla y por fin estaba casi frente a ella, ¿seguiría tan desconocida como ayer? Su mente no respondió. El recuerdo voló entre el oleaje de camiones urbanos de la ciudad de Monterrey; mezclado con humo de cigarro y llanto de niño. Sintió que el cansancio doblaba sus piernas y tomó un panorámico; por el mismo precio disfrutó de cuatro canciones —tres colombianas y una norteña—, chistes de payaso mediocre y olor a sobaco. Dos luciérnagas verde-mar aparecieron en su sien apenas cerró los ojos, -la vida ya no es la misma- dijo. Después de dos años en Texas y uno en Colorado, su bolsa llena de dólares y su mente de recuerdos, todo envuelto en papel celofán, lo hacían sentir como resucitado. Su mano vacía apretaba un suspiro, y sus labios besaban un nombre, un nombre impronunciado hasta hacía dos meses cuando se enteró del deceso de su hermano. Recordó nítidamente aquella historia, su padre y su hermano aparecieron en la oscuridad de su pensamiento, un féretro gris y flores rojas, su madre cubierta de años, de canas, de polvo. Llanto de mujeres y rezos de matronas completaban la escena, y ella... fantasma de humo, sirena sin rostro.

Recordó la tarde en que la descubrió con su hermano, la misma tarde en que por fin se había decidido a confesarle su amor; un amor reprimido por todas las ideas que no le permitían amar a un ser inferior; un amor fatigado en las noches plagadas de volutas de humo. Recordó también cómo aquellos ojos lo cercaban a diario, desde aquel día que los vio cerrados, cubiertos de besos. No dijo nada. Prefirió guardar su derrota y tragarse su lágrima, nunca había llorado, ni había visto a su padre, ni a su abuelo derramar un sollozo, mucho menos

por una mujer, pensó ahogar su dolor en una botella de vino, pero el recuerdo lo laceraba cada instante. No pudo recordar las palabras de su madre cuando se enteró de que partía para Dallas, cuando le dijo que Jorge, su amigo, lo pasaba por cuatro mil quinientos pesos, además de él, iban ocho personas más, "no le hagas esto a mamá" le dijo Ricardo, "la vieja ya está en las últimas y una noticia como ésta la mataría", él apretó los puños conteniendo el coraje, quería como nada romperle la cara a su hermano, a su inconsciente rival, quería gritarle que amaba a Rosario, que la amaba con locura, como aman las bestias. No pudo. La lengua se le llenó de lama, empantanada, reseca.

"Me voy el lunes", no dijo más. Dos días después, en el velorio de su madre, él no recibió condolencias, recibió miradas glaciales, lacerantes, miradas que le traspasaban el pellejo. Nadie notó que no le dolía la indiferencia, le dolía su madre sí, pero sabía que más temprano que tarde iba a morir, eso lo aliviaba, lo hacía sentir menos culpable, dos bofetadas por parte de su padre le habían informado que para él estaba muerto, no había ya más hijo que Ricardo y, claro, Rosario. Se mordió los labios y calló.

36

Un ojo de plata vigila la noche, sólo faltan dos cuadras, dos alacranes le muerden la lengua, saliva de prostituta remendando su olvido. Voces distantes le pueblan los oídos, pero su mente piensa en ella, "La amo con locura, como aman las bestias", la retiene en su noche de incendios, se le reseca la boca, desierta de besos; grita su nombre, desgastado de tanto llamarla impronunciable. Enciende un cigarro. Humo de dioses. No siente sus piernas, sus pasos van en el aire. "Rosario". Desdibuja suspiros, labrados en tardes de vientos perdidos, mientras duermen los verbos en noches de trueno. Trepa por desiertos de nubes ardiendo, buscando los ojos de fuego, los labios que matan, "Rosario", no encuentra, busca. Espera, minutos de hielo fundiéndose a la intemperie, las dagas obscenas de pretéritas vistas.

Frente a una puerta de madera, sus nudillos tocan como si llamara a la muerte, tiembla con un temblor de ciego, un escalofrío le

baja por la nuca, le da vuelta en la cintura y brinca, brinca sobre la nube que le opaca los ojos. Una mujer abre. "Como aman las bestias".

Dos miradas perdidas en el tiempo, en el misterioso ayer de palomas-destino, implacables. El recuerdo de la muerte lo asaltó en la esquina de la luna, colgada por negras palomas en las arcas de la noche. "Las bestias". Nada. Desconoce a la mujer, tiene, él, un silencio inmortal que no le cabe en las venas. -Sí, diga-. No la reconoce. Un olor a muerte se cuelga de su cuello. Él habla pero ella no lo entiende, no lo escucha. "Como aman las bestias". Grita su nombre tras de una ventana. -La vida ya no es la misma- dice. Rezos de matrona. "Rosario". "La amo". "Las bestias".

Una ciega mirada penetra su destino. Está solo bajo la noche, indefenso, una lluvia de estrellas lo salpica con su luz. Avanza lentamente. Seis de la mañana. Sorbo de café morado de luz en su mirada. -No es la misma-. Enciende un cigarrillo y sigue su camino. "Como aman las bestias". A lo lejos un cortejo fúnebre avanza lentamente, se va. "Como las bestias".

37

Soledad

En la inmensidad de la noche se alza la tortuosa soledad, dama de mil nombres y milenarios rostros, doncella de caballeros inexistentes, podredumbre de canciones baratas donde llora una inmensa estrella, donde ríe la poderosa aurora plagando de luz el desolado silencio. Arma de dos filos, compañera inseparable, mujer que duerme con la mano en el sexo, Soledad, maldita soledad de mis amores, dueña de mis besos, alma de mi cuerpo, eres la soledad con llamaradas en lugar de ojos, ciega como la muerte, dulce como el veneno de los labios de la mujer que amo. Ave de doradas alas, de incopiabile sonido es tu voz, hablas en silencio, vacías tu coraje en la cara del jodido de amistad, en los rostros de los condenados a vivir esta miseria que para muchos es el milagro infinito, pero para otros es lo único que tenemos, lo que sirve, lo que nos guía en los tormentosos abrils de soledades lluviosas, en los mayos ardientes de madres desconocidas. Soledad, edad de sol, sortilegio de nigromantes, sexo de prostituta, animal encarnado bajo mis uñas. Sobrevives gritándome tus desvergüenzas en el oído. Por qué no te mueres soledad, por qué sigues aquí siempre, un día, el otro, el otro, al lado de los que siempre -¡qué bueno!- hemos de estar solos, al lado de nuestros cuerpos que yacen en una cama, abigarrados de oscura soledad, llenos de obscenos dibujos que nos plagan las manos, repletos de besos en los labios quemados, somos la noche, somos el fuego que funde el hierro pero estamos solos, solos, solos. ¡Ah, soledad!, qué haremos sin ti si no es estar solos, qué haremos contigo cuando te mudes a la cama de al lado, cuando te enfermes y acudamos a tu funeral, qué haremos cuando ya no haya nada más que hacer. Qué oscuridad nos aguarda tras de tu máscara, qué dulce canción nos endulzará el oído.

Sueño de rostros perdidos

I.
 Inalcanzable,
 tu cuerpo se eleva entre las nubes
 de los días soleados,
 eternizando el recuerdo de tus labios,
 yo sigo aquí, *podrido entre tus brazos*,
 durmiendo lunas de concreto que sangran en mis letras,
 tengo llagados los ojos de tanto mirarte inexistente.

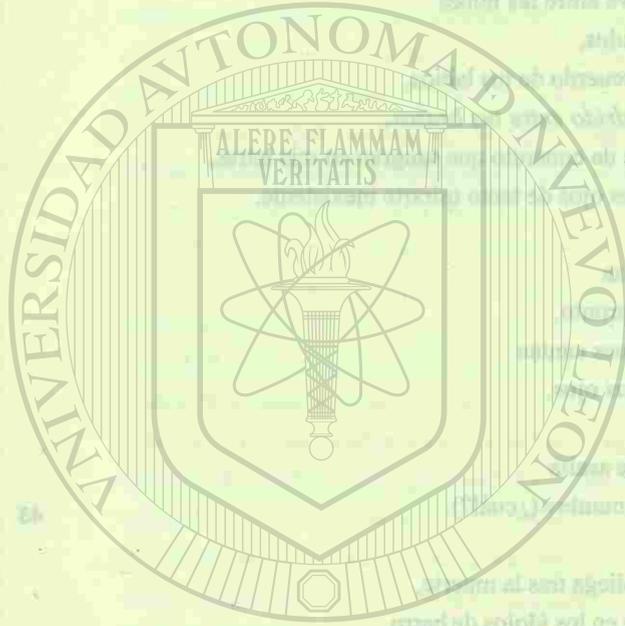
II.
 Saboreo tu sonrisa
 que me llega de pronto,
 mientras las sirenas cantan
 los abismos de tus ojos,
 cierro los míos
 y la oscuridad me asalta
 pronunciando tu nombre (¿cuál?).

III.
 Mi sonrisa se repliega tras la muerte,
 máscara dormida en los ídolos de barro.
 Encuentro tu rostro en la eterna madrugada.
 Solos, tú y yo. Yo. Tú. Tú.

IV
 Esperamos la mañana de un día que nació muerto,
 no entendemos que el ayer nunca existió.
 Siempre abrazados,
 tu sombra y la mía
 surgiendo entre las aguas milagrosas
 de mil lagos ardientes
 donde tu silencio me alimenta
 pero tu calor ya no me funde.

Sin titulo

Sucumbo
 atraído por el olvido
 que inunda mis venas,
 triángulos oscuros me pueblan las manos,
 me llenan de nostalgia y de odio.
 Las lunas de concreto se alzan en la noche,
 llenando con su luz
 los abismos donde cantan las sirenas.
 Tus besos me laceran los sentidos,
 son tus labios dos navajas que me cortan los suspiros,
 que me matan los jadeos.
 En tus ojos
 duerme mi beso desangrado
 y tu silencio renace entre mis labios,
 me parte en mil pedazos,
 tu vientre guerrero anida mis pistilos
 y nuestros cuerpos se funden
 a mitad de la mañana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fundido en tu recuerdo

De la oquedad que surge entre la nada y el olvido surge la lágrima exprimida de los ayeres, recita los nombres de olvidados rostros, de desconocidos sabores a telarañas hirvientes en caldos de sangre. La muerte cristalina se sienta, callada, musitando las líneas de un parlamento que sangra bajo sus amarillentos huesos de serpiente. Hoy te recuerdo, bajo la lluvia y bajo el charco donde un sapo muere los ojos de los muertos de soledad, de los abandonados por la lluvia a mitad del desierto, de los triunfantes pájaros sin nido que habitan en mi cabeza, de todos y cada uno de los muertos que reviven a diario en los labios del recuerdo. Hoy pronuncio tu nombre como si fuera la última palabra que pronunciaré en este mundo de tus desconocidos ojos y tu vedada palabra, de tus escasas letras y de tus raquíticas miradas, sonrisas y nada. Hoy soy vuelo de pájaro a tiro de piedra, hoy no soy nadie, como ayer y como mañana, hoy muero de ti y de nada, hoy revivo en tus ojos y caigo en abismos, hoy no sé si el mañana será el bálsamo para mi herida, hoy no escribo, hoy soy tú y no te conozco, hoy soy yo, pero yo no existo, soy YAHVÉ, MAHOMA, ALÁ, JESÚS, soy todos y ninguno, soy ninguno y soy todos, hoy soy como soy, siempre atado a tu recuerdo, un recuerdo con prisa, con ganas de decapitar los rostros iluminados de los amorosos, con ganas de existir entre la gente y sin embargo estar en soledad, hoy te recuerdo y sé, que dentro de un momento, dos o tres años tal vez, habrá de amanecer, pero yo seguiré solo, fundido en tu recuerdo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desconocida

Te he visto desde antes del tiempo,
 en los sueños y en las vigias.
 Reconozco tus cabellos en la niebla
 que desborda la rosa de los vientos.
 Adivino tu risa
 en los milenarios cantos de aves desconocidas.
 He visto tu silueta
 en las sombras de la noche,
 cuando la luna sangra luz clausura;
 eres la montaña dormida
 que me observa callada.
 Pero aún eres desconocida...
 el tiempo no revela tu nombre ni tu rostro,
 eres sólo el rumor
 que me llega de madrugada,
 de todas partes y de ninguna;
 tan desconocida como el mañana,
 como las altas
 ventanas de la
 noche.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No
Duende

Tras la oscuridad del silencio
surge la palabra punzante,
dos labios quemantes producen su mundo,
traslucido,

plagado de lunas dormidas;

las ilusorias nubes,
vestidas de noche,
vigilan al duende

muerto

de amores.

La lluvia sigue cayendo.

Miles de puertas se abren al viento,
dentro,

los amorosos duermen,

sueñan mujeres de serpenteos brazos,

suspiran,

callan,

el sueño los vence,

son soldados muertos bajo las sábanas,

corpos suspendidos en la nada,

espejos de ayer,

de las voces

distantes.

Dibujos obscenos plagan sus manos.

Una sonrisa se escucha.

T
 r
 s
 i
 l
 e
 n
 c
 i
 o
 n
 á
 i
 g
 u
 e
 n
 d
 e
 Ruinas despiertas.
 La ciudad color de rata
 exhala
 los olores
 de su mortaja,
 mientras
 el duende
 sigue durmiendo.

52

No estoy muerto

Tres días después te sigo amando, una semana no fue suficiente. La otra noche oí llorar un árbol, lágrimas de trementina. Un pájaro herido entró por mi ventana, la muerte ha visitado mi hogar, se ha dormido en la cama de los recuerdos, al lado de tus ojos, al lado de mi cuerpo, vestido con mi mortaja, traje de etiqueta. Espera un segundo, un vals se cuele por debajo de la puerta, el grito dolorido de una niña desgarró el silencio que hace guardia al lado de los cirios. Noche, viento, lluvia. Una voz quema dura en una boca de sandía. No te vayas, sígueme contando que me amas, aunque yo no te escuche, aunque yo no te pueda gritar que me muero de tus labios. Sigue mintiéndome un beso, desliza tu mano por mi pecho, cómo adoro el sabor de tus labios de papel. Tus ojos, luciérnagas de noche, me susurran su luz, me hablan despacito, apenas puedo oírlos, apenas escucho, toca aquí, mira, mi corazón aún late, siente, palpa, estoy vivo. Vivo de innumerables colores, muerto respiro de ti, caigo en el insondable abismo de tus ojos, me he perdido en el laberinto de tu cuerpo, en tus montañas, en tus selvas donde mana el elixir de la vida. Despierta, anda, mi mano necesita tu mano, mi hombro requiere tu cabeza. Que la cascada de tu pelo inunde la almohada de mis versos. Busco en tu voz el sonido del ayer, la evocación de la nada, no te vayas, ¡no estoy muerto!, sigo vivo, no, no me gusta ese epitafio, ¡no me dejes aquí!, ¡hace frío!, ¡no me dejes! Quiero vivir en el valle de tu vientre, quiero morir viejo y a tu lado.

53

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

120304

¿Te parece?

Mi piel supura olvido,
ave de milenarios rostros,
desdibujados en la lluvia que sangra la banqueta,
atestada de sonidos, de rostros y de muerte,
de un olor a vivir quemado.

Las nubes pueblan nuestro mar de concreto,
lo asfixian, lo matan.

Rostros de ayer,
calor de huesos en la tumba de recuerdos.

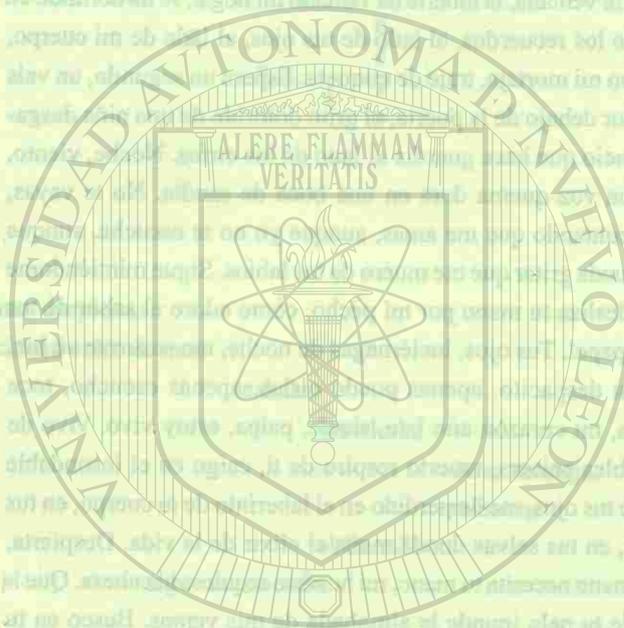
Revientan mis ojos,
dejan escapar la lágrima de plomo,
lágrima azul de cielo gris.

El sabor de tus labios me crece entre los dedos,
árbol de mi lengua, luna de mi sien.

Tu reflejo me llega a mediodía,
desprendido del espejo,
testigo de los tiempos,
más allá, detrás del horizonte surge tu figura,
y mi mente te descuelga del océano de misterios,
sigues tan desconocida como yo,

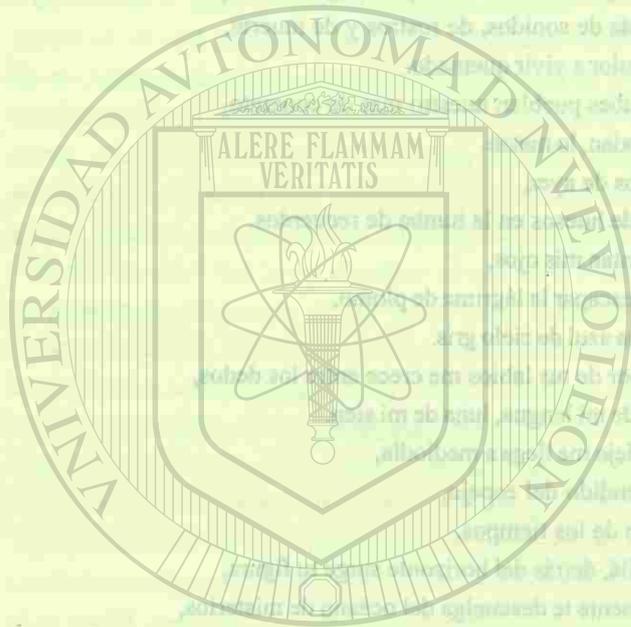
tan infinita que mi beso no te alcanza,
te diluyes y te vas,
sueño azul.

¿Te parece bien que te quiera hasta mañana?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



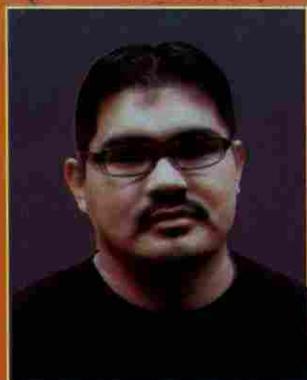
U A N L

Imprenta Universitaria,
diciembre de 2004.
El tiraje constó de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.
Impresión a cargo del
Ing. Arturo Esparza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nacido en 1982, originario de La Ascensión, Aramberri, Nuevo León. Egresado de la Preparatoria No. 1 de la UANL en 1999.

Estudiante del décimo semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras, UANL.

Actualmente es revisor de la revista CiENCIAUANL

